

# NEW LEFT REVIEW 122

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2020

## PANDEMIA

MIKE DAVIS	Entra en escena el monstruo	11
AI XIAOMING	Diario de Wuhan	20
MARCO D'ERAMO	La epidemia del filósofo	28
N. R. MUSAHAR	Medidas de inanición en la India	34
ROHANA KUDDUS	Limoncillo y plegarias	42
MARIO SERGIO CONTI	Pandemonio en Brasil	50
VIRA AMELI	Sanciones y enfermedad	57
R. TAGGART MURPHY	Oriente y Occidente	67

## ARTÍCULOS

MICHAEL DENNING	El <i>impeachment</i> como forma social	75
OWEN HATHERLEY	El gobierno de Londres	93
SHAOHUA ZHAN	La cuestión de la tierra en China	131

## CRÍTICA

CHRIS BICKERTON	La persistencia de Europa	153
TERRY EAGLETON	Ciudadanos de Babel	161
LOLA SEATON	¿Ficciones reales?	168
JOHN MERRICK	Dorando la Gran Bretaña de posguerra	182

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

MARIO SERGIO CONTI

## PANDEMONIO EN BRASIL

**E**L MIEDO A que el COVID-19 hunda a Brasil en un abismo económico ha llevado a Jair Bolsonaro a un delirio extremo. No hay paralelo en ningún país de América del Sur, o tal vez del mundo, para la conducta —política, económica, psicológica— de nuestro presidente. Imitador y vasallo de Donald Trump, ha llevado el desempeño errático de su ídolo a un apogeo que combina morbosidad y desesperación y amenaza con una tragedia nacional.

La pandemia golpeó a Brasil en un momento en que su economía ya estaba en su peor momento desde la fundación de la República en 1889. El crecimiento del PIB del país había sido prácticamente nulo en los últimos cinco años y el paro había alcanzado los 11,6 millones de desempleados, lo cual supone el 11 por 100 de la fuerza de trabajo. La actividad industrial, que había sufrido un proceso de contracción continuo durante los últimos quince años, representaba menos de una cuarta parte del PIB. El gasto público en el presupuesto sanitario se había reducido el 16 por 100 bajo el gobierno de Temer que siguió al de Dilma Rousseff, derrocada en 2016 por una intriga judicial-parlamentaria. En ningún otro país latinoamericano se aplicaron tan temerariamente las recetas neoliberales en estos últimos años, hipertrofiando un sector financiero cada vez más imbricado con el capital internacional, mientras se destruía la infraestructura productiva.

En esta tierra quemada, Bolsonaro decidió jugar con fuego. La llegada del COVID-19 hizo sonar en sus oídos la alarma: una recesión y la consiguiente pérdida de popularidad sería «el fin de mi gobierno», dijo. En

ese momento aceleró lo que ya era un zigzagüeo vertiginoso hacia el caos, el tipo de turbulencia que permitiría un golpe de Estado. En la primera semana de marzo viajó a Estados Unidos con el único objetivo de hacer patente su admiración por Trump, ya que no había nada que los dos mandatarios pudieran negociar. Utilizó el viaje para publicitar las próximas manifestaciones de sus partidarios contra el Congreso y el Tribunal Supremo brasileños, a pesar de que su propio Ministerio de Salud había advertido contra la celebración de grandes concentraciones. Haciendo caso omiso, el 15 de marzo se realizaron las marchas planeadas, pidiendo a gritos una dictadura de Bolsonaro. En Brasilia, donde la multitud era escasa (y adinerada), el presidente asistió en persona a la manifestación, abrazando a los fanáticos y posando para los consabidos *selfies* mientras se mezclaba con su grey.

En los días siguientes se descubrió que veinticinco de las personas que habían viajado en el avión presidencial a Miami habían contraído el nuevo virus, incluidos ministros, asesores y guardaespaldas con quienes había estado dándose la mano y conversando de cerca. Según su hijo Eduardo, exfuncionario de la policía y ahora diputado en la Cámara Baja del Congreso, Bolsonaro se hizo un análisis para verificar si padecía la infección el 13 de marzo. Su hijo le dijo a Fox News que el resultado de la prueba había sido positivo, pero cuando la cadena transmitió la información, el joven Bolsonaro la negó, lo que provocó que Fox lo identificara como su fuente. El presidente se hizo una segunda prueba e insistió públicamente en que no tenía el COVID-19, pero se negó a revelar el resultado de la misma, alegando que era un secreto de Estado. Para entonces su credibilidad se había hundido tanto que las dudas se extendieron rápidamente por todo el país.

A continuación, Bolsonaro intensificó su intento de poner fin al distanciamiento social decretado por varios gobiernos estatales, siguiendo las recomendaciones del Ministerio de Salud y de la OMS. Reuniendo a sus ministros, que estaban obligados a usar mascarillas quirúrgicas (el presidente se colocó extrañamente la suya sobre los ojos, como una venda), les obligó a cantar sus alabanzas. Enfrentándose con los gobernadores estatales, intercambió pullas con el más poderoso de ellos, que fuera su aliado y es ahora gobernador de São Paulo, el mayor estado del país. En Brasilia Bolsonaro cruzó la ciudad, visitó una panadería y una farmacia, saludó a los transeúntes y los exhortó a ir de compras y reabrir sus comercios.

No se trata, como en el caso de otros gobernantes latinoamericanos, de las posibles dudas sobre el grado de distanciamiento social requerido, ni del cuestionamiento escéptico de los datos científicos o incluso de seguir las huellas de Trump. Desde Buenos Aires hasta Ciudad de México se han verificado errores comparables a la hora de abordar la recuperación de las turbulencias de 2008; al carecer de una inserción estable en la economía mundial actual, toda América Latina se hallaba en un estado de estancamiento cuando llegó la pandemia. Sus sistemas hospitalarios, públicos y privados, fueron abocados a un estado de profundo deterioro, siendo algunos de ellos prácticamente vendidos como chatarra. Las respuestas al virus han estado lejos de ser uniformes. El nuevo presidente de Argentina, Alberto Fernández, actuó rápidamente, reuniendo a su predecesor Mauricio Macri y otros notables conservadores para dar una muestra de unidad en su imposición de cuarentenas. En Chile, donde las manifestaciones contra su presidente de derechas Sebastián Piñera habían sido continuas desde octubre, estas fueron suspendidas; la última, una de las mayores en la historia del país, tuvo lugar el 8 de marzo. Piñera canceló de inmediato el referéndum sobre la convocatoria de una Asamblea Constituyente que había concedido a regañadientes y trató de obtener los recursos para pagar los despidos de los fondos la seguridad social de los propios trabajadores, aunque se lo impidió el Congreso. En México, Andrés Manuel López Obrador se negó al principio a ordenar el distanciamiento social y luego retrasó su puesta en práctica. Sin embargo, al final, de una forma u otra y en diferentes plazos, todos esos y otros gobernantes latinoamericanos se dieron cuenta de que para hacer frente al virus era necesario ganar tiempo, lo que significaba asegurar que la mayor cantidad posible de personas se quedara en casa.

No así Bolsonaro. Enfrentado a la disyuntiva entre mantener en marcha las empresas o salvar vidas, ha optado por las primeras de manera ruidosa y violenta. Tras despachar inicialmente el COVID-19 como «simplemente un resfriado», emitiría posteriormente este helador dictamen: «Algunas personas van a morir. Lo siento. Así es la vida». Solo serían «viejos» los que sucumbirían. Brasil tiene 30 millones de personas mayores de sesenta años: en un país con una población cristiana, la mayoría católicos pero también muchos protestantes, comentarios como ese son ofensivos. Como compensación, garantizó que las iglesias permanecerían abiertas, permitiendo a los evangélicos millonarios seguir extorsionando los diezmos de los fieles. Afirmó que el virus puede curarse con cloroquina, aunque ese compuesto no tiene una eficacia

probada, y no ha proporcionado la más mínima evidencia que justifique su rechazo de la necesidad de mantener el distanciamiento social. En el palacio presidencial su hijo menor, Carlos, dirige lo que se ha denominado ampliamente como «Gabinete de Odio», propagando mentiras y calumnias. Las apariciones del presidente en televisión son vitriólicas. A diferencia de la mayoría de los líderes mundiales, Bolsonaro no tiene un comité científico que le asesore: desde el punto de vista médico, todo lo que dice sobre la pandemia es pura idiotez, que sólo inspira temor y consternación generalizados.

La opción de Bolsonaro por la confrontación ha alejado a congresistas, gobernadores, alcaldes, medios de comunicación y científicos, mientras que las principales fuerzas económicas como la agroindustria que antes le apoyaban, se han pasado a la oposición. Eduardo, a quien su padre deseaba hacer embajador en Washington sin obtener la confirmación del Senado, se ha convertido *de facto* en el hacedor de la política exterior del régimen para alinearlo con la guerra comercial de Trump contra China, hablando del COVID-19 como un «virus chino» que Pekín había ocultado al mundo, lo que provocó que el embajador chino en Brasilia, Yang Wanming, comentara que el hijo del presidente había contraído un «virus mental» y exigiera una disculpa, a lo que el Ministerio de Relaciones Exteriores respondió que no era Eduardo sino Yang quien debía disculparse. El incidente llevó a Band TV, una red tradicionalmente vinculada a la agroindustria, a calificar a Eduardo como «irresponsable» y al ministro de Relaciones Exteriores como «idiota». Una semana después, el propio Jair Bolsonaro telefoneó a Xi Jinping y luego anunció que «todo va bien». No hubo comentarios de Pekín, pero conviene no olvidar que la República Popular China es el mayor socio comercial de Brasil tras haber desplazado a Estados Unidos de ese puesto hace ya diez años. Las exportaciones de productos básicos son vitales para la economía nacional. Pero no acaba aquí la cosa: los gobiernos estatales y el Ministerio de Salud habían estado en conversaciones con China para conseguir respiradores, mascarillas N95 y *kits* para efectuar análisis. Las conversaciones con Brasilia se congelaron, pero la República Popular acordó ayudar a los hospitales de la región noreste, donde varios estados tienen gobernadores del PT.

Bolsonaro se ha aislado políticamente. Los presidentes de la Cámara de Diputados y del Senado, el Tribunal Supremo, los gobernadores de estados grandes y pequeños, los grandes medios de comunicación, la

comunidad científica, la iglesia católica y los sindicatos están en abierta oposición a él, actuando cada uno como mejor le parece. En medio de esta cacofonía, Brasil está presenciando un ejemplo *sui generis* de doble poder: el presidente predica a favor de un retorno total al trabajo, mientras que los estados refuerzan sus cuarentenas. Sin esperar a que Bolsonaro renuncie, una gran parte del país ha impugnado su autoridad y ha entrado en una auténtica desobediencia civil. Pero sin una coordinación federal de la oposición, hay escasez de artículos básicos en todas partes, desde equipos médicos hasta los medios de subsistencia diaria.

La base de apoyo del presidente es pequeña y está disminuyendo, pero existe. De su parte están las iglesias evangélicas, las grandes cadenas minoristas, las fábricas que quieren liquidar sus existencias desbordantes. Las voces rotundas del gran capital, los bancos en primer lugar, expresan su desaprobación por su *modus operandi* y el caos que ha desatado, pero no piden su dimisión o destitución. Lo mismo cabe decir del alto mando de las Fuerzas Armadas, cuyos comandantes se han mantenido en silencio. Sin embargo, el vicepresidente, un general en la reserva, ha comenzado a ofrecer entrevistas diseñadas para proyectar su imagen como un hombre de Estado serio y fiable.

Las palabras del presidente encuentran eco entre los pequeños productores y empresarios, que viven día a día de las ganancias de sus ventas. Ello se debe de nuevo a las decisiones que ha tomado el gobierno de Bolsonaro. El ministro de Economía, Paulo Guedes, discípulo de la Escuela de Chicago y admirador de Pinochet, quiere que los trabajadores, el vasto ejército de reserva laboral, quienes carecen de ocupación fija, los vendedores ambulantes y demás empleados en la economía informal, asuman el coste de la crisis. Después de proporcionar crédito a grandes empresas como las aerolíneas, su siguiente paso fue enviar al Congreso un proyecto de ley que permitía a los patronos no pagar salarios durante cuatro meses, sin compensar a los trabajadores de ninguna manera. La protesta fue tan sonada que tuvo que decir a la opinión pública que se había debido a un «error administrativo» en la transmisión del proyecto y que los trabajadores tendrían derecho a un pago mensual de 200 reales (unos 35 euros). En una sola sesión, el Congreso reajustó esa cifra a 600 reales (100 euros), pero el problema general sigue en pie. Guedes, un ideólogo acostumbrado a arengar durante décadas a empresarios y ejecutivos sobre la necesidad de dismantelar la intervención estatal de cualquier tipo, que carece de conocimientos prácticos elementales del mundo, no tiene idea de cómo garantizar que el pago de ese subsidio, o

de cualquier otro, llegue a los subempleados o desempleados, a las favelas y a las periferias de las grandes ciudades.

Es en este universo en el que la crisis del COVID-19 puede convertirse en tragedia. El último censo demográfico muestra que en Brasil hay seis mil trescientas veintinueve favelas, repartidas en trescientas veintitrés ciudades. Casi el 10 por 100 de la población vive en tales «aglomeraciones anormales». Más del 70 por 100 de sus habitantes no tienen suficientes ahorros para sobrevivir durante más de una semana, razón por la que ha habido saqueos de supermercados en São Paulo. Más de once millones de brasileños viven hacinados en infraviviendas, con cuatro o más personas en una habitación, y 31 millones de personas no tienen acceso a agua corriente. Ejemplos de esta situación en Río de Janeiro son las favelas de Cidade de Deus y de Maré, donde vivía Marielle Franco. Estas favelas se hallan completamente expuestas a la explosión del virus. Las autoridades apenas se preocupan por el cuidado de su población. En algunas de estas comunidades, como Rocinha en la Zona Sur de Río, las bandas de narcotraficantes han impuesto toques de queda. En otras, las ONG intentan organizar redes de información y proporcionar servicios básicos.

La vida política se está volviendo contra el presidente. Todas las noches hay a las ocho y media *panelaços* en varias ciudades: miles de personas salen a sus ventanas golpeando ollas y sartenes y gritando «¡Fuera Bolsonaro!». También se han producido muestras de apoyo a su favor: *carreatas*, en las que cientos de automóviles circulan por las ciudades tocando sus bocinas y aplaudiendo al presidente, enfrentándose a los gritos proferidos desde las ventanas. En cualquier caso, no hay comparación: los *panelaços* son mucho más fuertes y elocuentes.

La participación política popular está limitada, forzosamente, por las medidas de distanciamiento social, que al separar a la gente reducen inevitablemente las posibilidades de acción colectiva. En buena medida, el curso de esta crisis está, por lo tanto, en manos de las elites brasileñas: económicas, parlamentarias, científicas, judiciales o mediáticas. Dado el historial de estos taumaturgos en Brasil, cualquier ciudadano decente se echaría a llorar. También tratan de sacar provecho de la crisis todo un enjambre de parásitos: demagogos impenitentes, intermediarios astutos y delincuentes desvergonzados. Pero la fuerza de los acontecimientos tiende a engullirlos, porque lo que se está materializando en Brasil con la pandemia es evidentemente un pandemio, en el sentido miltoniano

del término. Las elites y la gente corriente tienen que lidiar por igual con un presidente que lo encarna. Ignorante, impulsivo e incontrolable, Bolsonaro ha lanzado sus cartas a favor del caos. Recientemente, el presentador de una cadena televisiva favorable le preguntó si estaba dispuesto a dar un golpe de Estado. Bolsonaro respondió: «Quien quiere dar un golpe de Estado nunca habla de ello».

São Paulo, 30 de marzo de 2020.